

Wayne A. Cornelius y Ann L. Craig, *The Mexican Political System in Transition: The End of an Era* San Diego, La Jolla, Center for U.S. Mexican Studies de la Universidad de California en San Diego, 1991.

Por José Negrete Mata*

EL sistema político mexicano transita hacia una nueva era. Parece que de ello no hay duda, el problema es saber, ¿qué está cambiando y hacia dónde se dirige? Wayne A. Cornelius y Ann L. Craig, en un libro reciente, se plantean esas interrogantes. Para responderlas hacen un repaso breve y minucioso de la historia, así como del contexto internacional en que se desenvuelve el país; luego examinan los elementos constitutivos del sistema político mexicano:

las estructuras institucionales, la situación de las élites dirigentes y los organismos de control político. Posteriormente analizan las condiciones políticas que se presentan con la actuación gubernamental en la década de los ochenta y la emergencia de una capa de la sociedad, portadora de una nueva cultura política. A partir de lo anterior, culminan el libro con varios escenarios posibles sobre la transición, en donde se ponen en juego a los distintos actores sociales en torno a dos elementos clave: modernización y democracia.

El objetivo de esta nota es dar cuenta de los aspectos más relevantes del argumento del libro -cuya lectura recomendamos ampliamente- y hacer algunos comentarios breves.

En el libro, Cornelius y Craig hacen un breve, pero detallado análisis de las características del sistema político mexicano. La primera dificultad que encuentran es cómo definirlo. Varias denominaciones como “democracia selectiva”, “democra-dura” y “régimen autoritario modernizador” expresan la unión de términos contradictorios, pero ayudan a describir la realidad mexicana.

¿Cuál es la explicación de ese fenómeno? Los autores indagan sobre varias causas: una reforma política insuficiente, limitada a la reforma electoral, a otorgar el registro a algunos partidos de oposición y a intentos fallidos por reformar al Partido Revolucionario Institucional (PRI).

***José Negrete Mata.** Investigador del Departamento de Estudios de Administración Pública de El COLEF. Se le puede enviar correspondencia a: Blvd. Abelardo L. Rodríguez, núm. 21, Zona del Rio, Tijuana, Baja California. Tels. 300411, 300412, 300413 y 300418.

Las más recientes reformas se refieren, por una parte, a los cambios en la ley electoral, que “elimina algunos, pero no todos los mecanismos tradicionales usados por el aparato del PRI-gobierno para arreglar las elecciones”. Por otra parte, los intentos de reformar al PRI buscan aumentar la participación popular en el proceso de la selección de los candidatos (pero sólo en las presidencias municipales) y diluir el poder de los líderes sectoriales -la vieja guardia de los jefes del partido. Con los nuevos estatutos aprobados en la XIV Asamblea del PRI, en septiembre de 1990, los militantes se pueden afiliar individualmente al partido, lo que implica que en el futuro ya no será igual la fuerza de los sectores. Empero, afirman: “no hay garantía de que esto se traducirá en un comportamiento fundamentalmente diferente en futuras elecciones”.

En el lado de la oposición, aunque Cornelius y Craig reconocen avances, el panorama que presentan no es menos desolador. En general -dicen-, las posibilidades de los partidos de oposición parecen limitarse a tres: “protesta y denuncia por los fraudes; formación de un frente nacional para insistir en la limpieza de las elecciones y acelerar la democratización o, finalmente, el abstencionismo u otras formas de confrontación y resistencia.”

Al analizar el papel que juegan los sectores tradicionales de apoyo del Estado, como los campesinos y obreros, los autores apuntan cambios debidos a la política económica del régimen. Sobre los primeros, todavía no está claro qué beneficios pueda acarrearles en el futuro inmediato, tanto a los campesinos sin tierra como a los pequeños agricultores, un régimen que ha dado fin al reparto agrario, que suspendió los subsidios y que deja abierto el libre juego a las fuerzas del mercado (esto fue escrito antes de conocerse las reformas al Artículo 27 constitucional). Respecto al sector sindical, los autores plantean una hipótesis sorprendente, dicen: el hecho de que el régimen haya centrado su estrategia de reestructuración económica en la exportación, hace que dependa fuertemente de este sector; con lo cual, contradictoriamente, aumenta la fuerza del sector político más conservador.

Un aspecto más que tratan los autores se refiere a la cultura política en México. Mencionan que algunas encuestas de opinión pública de finales de los ochenta muestran a una ciudadanía todavía apegada a elementos de una cultura política tradicional. No obstante, “los mexicanos son cada vez más propensos a criticar la forma en que funciona el sistema. La tolerancia hacia los vicios del sistema se desvanece”.

A partir del conjunto de los elementos anteriores, los autores dan por hecho la “quiebra progresiva de la hegemonía política del sistema de un partido” y se plantean la pregunta, ¿qué lo reemplazará? Para contestarla proponen cuatro escenarios posibles.

El primer escenario es el inmovilismo, en el cual la élite política se mostrará incapaz de adaptarse constructivamente al nuevo ambiente político del país. En este escenario, las posibilidades de un desarrollo político al estilo español -que plantean las fuerzas reformistas de la élite dirigente- se alejarían. La probabilidad de este escenario aumentaría si la recuperación económica demorara o si iniciara una nueva espiral inflacionaria. Más, a pesar de que el PRI continuaría deteriorándose, según este escenario, ningún partido de oposición tendría la capacidad de reemplazarlo en el poder, al menos en el nivel nacional.

En el escenario del cierre o clausura política, las presiones por el endurecimiento del régimen subirían al término del gobierno de Salinas, forzándolo a abandonar todos los intentos de reforma política, en el interés de asegurar un nivel de cohesión mínimo entre la élite y/o mantener el orden social. Una falla en el modelo neoliberal podría hacer al gobierno confiar en mecanismos autoritarios para imponer sus políticas, en medio de una declinación continua de los niveles de vida y empleo.

El escenario de la modernización autoritaria con populismo selectivo. En este escenario, la respuesta principal de la élite política mexicana al pluralismo emergente podría ser un enérgico reavivamiento y remodelación del sistema corporativo existente, reconstruido en un conjunto de organizaciones y alianzas. El proyecto de Salinas para reconstruir al PRI en sus líneas territoriales y “energizar” sus raíces, a través del proceso de democratización en la selección de los candidatos locales del partido, podría tener éxito dentro de límites cuidadosamente definidos.

Dada la poca probabilidad del aumento de fuerza en la oposición, un PRI modernizado no enfrentaría peligros en el control de la presidencia o más gubernaturas. La modernización del autoritarismo podría ser combinada con el populismo selectivo. Zonas de descontento popular podrían ser “compradas” con recursos limitados, canalizados a través de programas como el Nacional de Solidaridad.

Esta clase de liberalización política, gradual y cuidadosamente modulada por la élite, no allana necesariamente el camino para la democratización. No hay ninguna evidencia que sugiera que la mayoría de los líderes del PRI acepta la idea de que su partido ya no será el “partido del Estado” y mucho menos que dejará de ser el partido gobernante.

Escenario del poder compartido: el modelo del Partido del Congreso de la India. Este modelo implica darle el poder a la oposición de derecha o izquierda en sus zonas de influencia para mantener el poder central. Con el poder compartido en esos niveles habría mayor participación política y rejuvenecería al partido

gobernante sin grandes conmociones (porque no se perderían los mandos clave del sistema), salvo entre los líderes locales.

Finalmente -plantean los autores-, es posible también que la élite dirigente de México, con su pragmatismo y flexibilidad intactos, se atasque en un terreno intermedio en el cual no hay regreso a las condiciones previas a 1988, sino a un sistema de partidos débiles; con resultados electorales reñidos y faltos de credibilidad; presidencialismo limitado, pero firme en el control del congreso; sin represión generalizada, pero violación persistente a los derechos humanos. En suma: sin un movimiento real hacia la democracia occidental.

De acuerdo con los escenarios planteados, aunque los autores no proponen uno de ellos como más probable, parece claro que descartan los escenarios de inmovilismo y de cierre o de clausura política, por las pocas posibilidades de éxito en el contexto político (internacional y nacional). En el escenario de la modernización autoritaria con populismo selectivo, describen la situación vigente, la cual critican por no ser camino claro a la democratización. El modelo del poder compartido parece ser el escenario deseado por los autores, a pesar de que no alcanza la categoría ideal, acorde con el modelo de democracia occidental.

El análisis anterior y los escenarios no coinciden con los desarrollados por otros estudiosos, extranjeros y nacionales, del sistema político mexicano; pero sin duda son aportes novedosos para la comprensión de nuestra realidad.